



INCONTABLES INCONTADOS

— Por Daniel Samper Pizano —

21 de noviembre 2021

“A Medellín parecía no importarle que hubiera tantos desaparecidos”.

Pablo Montoya, *La sombra de Orión*

Ni en Medellín, ni en Colombia, ni en el mundo termina nunca de amasarse la cuenta de muertos, y a nadie parece importarle demasiado. Por eso las masacres son una cinta sinfín en la historia de nuestro país; por eso la de las bananeras (1928) es personaje de *Cien años de soledad* y *La casa grande*; por eso las de la vieja violencia resurgen en Cantarranas (1960); por eso suman más de mil; por eso en el 2021 llevamos 88 y 150 líderes sociales asesinados.

A las víctimas conocidas de la violencia hay que añadir los NN de ignorada identidad. Y a estos, los desaparecidos. Y a los desaparecidos, otra categoría, la más baja y castigada, la de los *incontados*, a quienes nadie ha intentado o querido o logrado acoger en cuentas o estadísticas. Tan castigada es, que la palabra *incontados* ni siquiera aparece en el diccionario castellano. Así, pues, los NN, tienen cuerpo pero no tienen nombre; los desaparecidos tienen nombre pero no tienen cuerpo. Los *incontados* carecen de cuerpo y de nombre. Y sin embargo son miles, son millones, son incontables.

El más reciente episodio es un bombardeo que lanzó Estados Unidos con drones y ca-

zas el 18 de marzo de 2019 en el pueblo sirio de Baghuz. Allí murieron, bajo el impacto devastador de más de dos toneladas de bombas, 16 terroristas del Estado Islámico (EI) y cerca de 80 civiles inocentes, muchos de ellos mujeres y niños. Hasta hace poco la masacre había permanecido oculta. Ni el suceso tenía quien lo relatara, ni existía cuenta de las víctimas. Los militares borraron videos, impusieron la ley del silencio y cubrieron sus huellas con un velo de censura. Durante dos años y ocho meses la matanza no existió. Las víctimas no figuraban en contabilidad alguna y se precipitaban así en el limbo milenario y oscuro de los *incontados*.

Sin embargo, de manera obstinada unos periodistas de *The New York Times* jalaron los hilos de algo que habían oído. Buscaron fuentes, convencieron a testigos, localizaron documentos, exigieron explicaciones y unos meses después estaban listos para contar la historia. Se publicó muy destacada el 13 de noviembre bajo un título explícito: “Cómo escondieron los Estados Unidos un bombardeo que mató a docenas de civiles en Siria”.

Aunque sus características no eran tan despiadadas como la masacre de 504 civiles en My Lai, Vietnam, que se ejecutó en 1968 con infantería a bala y bayoneta, el saldo resultó monstruoso. Los causantes intentaron ocultarlo, pues, aparte del crimen de guerra, asestaba un golpe irreparable a la supuesta “humanización” que ofrecían novedades bélicas como los drones y las cámaras de precisión extrema.

#Soytejadelosdanieles

Apoya con una teja virtual tocando aquí

Lo peor es que la noticia pasó casi inadvertida. La prensa más seria la recogió (aunque en Colombia pocos medios lo hicieron), y allí paró todo. No se produjo un escándalo ruidoso; no cayeron destituciones; no hubo renunciaciones; tampoco excusas públicas de alto nivel; el Congreso (que se sepa) no decretó una investigación especial. En fin, no eran más que hombres, mujeres y niños sirios, perseguidos con igual saña por los asesinos del EI y los enemigos del EI. Se ensayaron algunas disculpas. Las dos más miserables, ya blandidas en un caso semejante en noviembre de 2017 en Mosul (Irak), decían que “no podemos perder mucho tiempo en condolencias” (portavoz del Comando Central) y que “la carga de la prueba recae sobre los civiles, los cuales deben demostrar que lo son ante quienes los observan desde el aire”.

Las guerras producen millones de muertos no contados, según sucedió con los de Baghuz. Basta con mirar las cifras oficiales y compararlas con la realidad. Gracias a una activista gringa se supo que las víctimas civiles en los conflictos de Irak y Afganistán superan los pálidos cálculos del Ejército “en mucho más que lo esperado”. La cifra de muertos civiles en Irak es, según fuentes independientes, 31 veces mayor que la oficial.

Esas víctimas yacen en un espacio vecino e intercomunicado con los 3.000 desaparecidos chilenos, los 22.000 argentinos, los 140.000 españoles del franquismo y los 80.000 del conflicto colombiano. Son solo sombras, memorias en pena, incontables incontados.

La feria de las vanidades

Declaraciones de líderes políticos que as-

piran a la presidencia o ejercen una subpresidencia en nuestro país:

David Barguil al aceptar la candidatura por el Partido Conservador (8.XI.2021): “Fui el mejor estudiante, gané el mejor IC-FES de mi promoción, vine con un crédito de Icetex a estudiar y la vida me cambió. Soy un hombre de retos, no me asustan las encuestas...”.

Miguel Ceballos, al retirarse como comisionado de Paz (24.V.2021): “Me ha tocado actuar en circunstancias que tienen que ver con la cartera de Exteriores, otras con la de Justicia, y otras con las de Interior y de Defensa. No estoy diciendo con vanidad, ni

mucho menos, que habría podido ser ministro de alguna de esas carteras, pero sí pude colaborar con entrega y espíritu de equipo”.

Fiscal Francisco Barbosa al presentarse en sociedad (San Andrés, 27.V.2020): “Yo probablemente tengo la mayor formación de personas de mi edad en este país. Yo soy doctor, yo tengo dos maestrías, yo tengo un doctorado, yo soy historiador, yo he es-

critado diez libros, yo he sido profesor en más de diez universidades del mundo, tengo veinte años de experiencia, yo soy columnista, soy escritor...”.

Mi pregunta: si todos son tan maravillosos, ¿por qué el país va tan mal?

ESQUIRLAS. 1. Muy merecido el Grammy al gran Egidio Cuadrado, acordeonero de la serie *Escalona* y de Carlos Vives. **2.** ¿Alguien sabe por qué el sintonizado telenoticiero Caracol llama con enorme cursilería *Sports* a su sección de deportes? Averíguelo Vargas, Juan Roberto Vargas...